

to? y que no digan necedades, que es cosa sabida que no hay tono, como el del ahito. Decidles que me dejen con mis pollos á mi, y que repartan esos refranes entre otras Martas, que cantan después de hartas; que harto embarazada estoy yo acá con mis pollos, sin que ande inquieta en vuestro refrán.

¡Oh qué voces y gritos se oían por toda aquella sima! Unos corrían á una parte, y otros á otra, y todo se turbó en un instante. Yo no sabía dónde me esconder. Oíanse grandísimas voces, que decían: «Yo no te quiero; nadie te quiere»; y todos decían esto.

Cuando yo oí aquellos gritos, dije:

—Sin duda es este algún pobre, pues no le quiere nadie; las señas de pobre son por lo menos.

Todos me decían:

—¡Hacia ti; mira que va á ti!

Y yo no sabía qué me hacer, y andaba como un loco, mirando dónde huir, cuando me asió una cosa (que apenas divisaba lo que era) como sombra. Atemoricéme; púsoseme en pié el cabello y sacudióme el temor los huesos:

—¿Quién eres, ó qué eres, ó qué quieres—le dije—que no te veo y te siento?

—Yo soy—dijo—el alma de Garibay, que ando buscando quién me quiera, y todos huyen de mí; y tenéis la culpa vosotros los vivos, que habéis introducido decir que el alma de Garibay no la quiso Dios ni el diablo; y en esto decís una mentira y una herejía: La herejía es decir que no la quiso Dios, que Dios todas las almas quiere y por todas murió: ellas son las que no quieren á Dios; así que, Dios quiso el alma de Garibay, como las demás. La mentira consiste en decir que no la quiso el diablo. ¿Hay alma que no la quiera el diablo? No por cierto; que, pues él no hace asco de la de los pasteleros, roperos, sastres, ni sombrereros, no lo hará de mí. Cuando yo viví en el mundo, me quiso una mujer calva y chica, gorda y fea, melindrosa y sucia, con otra docena de faltas. Si esto no es quererle el

diablo, no sé qué es el diablo; pues veo, según esto, que me quiso por poderes, y esta mujer, en virtud de ellos, me endiabló, y ahora ando en pena por todos estos sótanos y sepulcros. Y he tomado por arbitrio volverme al mundo, y andar entre los desalmados corchetes y mohatrereros, que por alma todos me reciben; y así todos estos y los demás oficios de este jaez tienen el ánima de Garibay. Y decidles, que muchos de ellos, que allá dicen que el alma de Garibay no la quiso Dios, ni el diablo, la quieren ellos por alma y la tienen por alma, y que dejen á Garibay y miren por sí.

En esto desapareció, con otro tanto ruido. Iba tras ella gran chusma de traperos, mesoneros, venteros, pintores, chicarrereros y joyeros, diciendo:

—Aguarda, mi alma.

No vi cosa tan requebrada. Y espantóme que nadie la quería al entrar, y casi todos la requebraban al salir.

Yo quedé confuso, cuando se llegaron á mí Perico de los Palotes y Pateta, Juan de las calzas blancas, Pedro por demás, el Bobo de Coria, y Pedro de Urdemalas (así me dijeron que se llamaban) y dijeron:

—No queremos tratar del agravio que se nos hace á nosotros en los cuentos y conversaciones, que no se ha de hacer todo en un día.

Yo les dije que hacían bien, porque estaba tal con la variedad de cosas que había visto, que no me acordaba de nada.

—Sólo queremos—dijo Pateta—que veas el retablo que tenemos de los muertos á puro refrán.

Alcé los ojos, y estaban á un lado el santo Mocarro, jugando al abejón, y á su lado el santo Leprisco; luégo en medio estaba san Ciruelo, y muchas mandas y promesas de señores y príncipes aguardando su día, porque entonces las harían buenas, que sería el día de san Ciruelo. Por encima de él estaba el santo de Pajares, y Fray Jarro hecho una bota, por sacristán junto á san Porro, que se

quejaba de los carreteros. Dijo Fray Jarro (con una vendimia por ojos, escupiéndole racimos, oliendo á lagares, hechas las manos dos piezgos, la nariz espita y la habla remostada con un tomillo del carro):

—Estos son santos, que ha canonizado la picardía con poco temor de Dios.

Yo me quería ir, y oigo que decía el santo de Pajares:

—¡Ah, compañero! decidles á los del siglo, que muchos picarones, que allá tenéis por santos, tienen acá guardados los pajares; y lo demás que tenemos que decir, se dirá otro día.

Volví las espaldas, y topé cosido conmigo á don Diego de Noche, rascándose en una esquina; concóle, y díjele:

—¿Es posible que aún hay qué comer en vuesa merced, señor don Diego?

Y díjome:

—Por mis pecados, soy refitorio y bodegón de piojos. Quería suplicaros, pues os vais, y allá habrá muchos y acá no se hallan por el bien parecer, que ando muy desabrigado, que me envíes algún mondadientes; que como yo lo traiga en la boca, todo me sobra, que soy amigo de traer las quijadas hechas jugador de manos, y al fin se masca y se chupa; y si hay algo entre los dientes, poco á poco se roe; y si es de lentisco, es bueno para las opilaciones.

Dióme grande risa, y apartéme de él huyendo, por no lo ver aserrar con las costillas un paredón á puros corcomos.

Dando gritos y alaridos, venía un muerto diciendo:

—Á mí me toca, yo lo sabré, ello dirá, entenderémonos. ¿Qué es esto? y otras razones tales.

—¿Quién es éste tan entremetido en todas las cosas?

Y respondióme un difunto:

—Este es Vargas, que como dicen: «Averígüelo Vargas», viene averiguándolo todo.

Topó en el camino á Villadiego: el pobre estaba afligidísimo hablando entre sí; llámóle, y díjole:

—Señor Vargas, pues vuesa merced lo averigua todo,

hágame merced de averiguar quién fueron las de Villadiego, que todos las toman; porque yo soy Villadiego, y en tantos años no lo he podido saber, ni las echo menos, y querría salir de este encanto.

Vargas le dijo:

—Tiempo hay, que ahora ando averiguando cuál fué primero: la mentira ó el sastre; porque si la mentira fué primero, ¿quién la pudo decir, si no había sastres? Y si fueron primero los sastres, ¿cómo pudo haber sastre, sin mentira? En averiguando esto, volveré.

Y con esto, se desapareció.

Venía tras él Miguel de Vergas, diciendo:

—Yo soy el Miguel de las negaciones, sin qué, ni para qué, y siempre ando con un no á las ancas: «Eso no, Miguel de Vergas»; y nadie me concede nada, y no sé por qué, ni qué he hecho yo.

Más dijera, según mostraba pasión, si no llegara una pobre mujer cargada de bodigos, y llena de males y plañiendo:

—¿Quién eres—la dije—mujer desdichada?

—La manceba del Abad—respondió ella—que anda en los cuentos de niños, partiendo el mal con el que le va á buscar; y así dicen las empuñadoras de las consejas: «El mal para quien le fuere á buscar y para la manceba del Abad». Yo no descaso á nadie; antes hago que se casen todos. ¿Qué me quieren, que no hay mal que no sea para mí?

Fuése, y quedó á sulado un hombre triste, entre calavera y mala nueva:

—¿Quién eres—le dije—tan aciago, que aun para Martes sobras?

—Yo soy—dijo—Mátalas-hablando; y nadie sabe por qué me llaman así, y es bellaquería, que quien mata es á puro hablar, y esos son Mátalas-callando; que las mujeres no quieren en un hombre sino que otorgue, supuesto que ellas piden siempre. Y si quien calla otorga, yo me he de

llamar Resucítalas-callando. Y no que anden por ahí unos mozuelos con unas lenguas de portante, matando á cuántos los oyen; y así hay infinitos oídos con mataduras.

—Así es verdad—dijo Lanzarote,—que á mí me tienen esos consumido á puro Lanzarotar, con si viene ó no viene de Bretaña; y son tan grandes habladores, que viendo que mi romance dice:

Doncellas curaban de él,
y dueñas de su rocino,

han dicho que de aquí se saca que en mi tiempo las dueñas eran mozos de caballos, pues curaban del rocino. ¡Bueno estuviera el rocín, en poder de dueñas! ¡El diablo se lo daba! Es verdad, y yo no lo puedo negar, que las dueñas, por ser mozos, aunque fuese de caballos, se entremetieron en eso, como en otras cosas; mas yo hice lo que me convenia.

—Crean al señor Lanzarote—dijo un pobre mozo sencillo, humilde y caribobo,—que yo lo certifico.

—¿Quién eres tú, que pretendes crédito entre los podridos?

—Yo soy el pobre Juan de buena alma, que ni me aprovecha tener buena alma, ni nada, para que me dejen ser muerto. ¡Extraña cosa, que sirva yo en el mundo de apodo! «Es un Juan de buena alma», dicen al marido que sufre, al galán que engañan, al hombre que estafan, al señor que roban y á la mujer que embelean. Yo estoy aquí, sin meterme con nadie.

—Eso no es nada—dijo Juan Ramos—que votó á Cristo, que los diablos me hicieron tener una gata. Más me valiera comerme de ratones, que no me dejan descansar con: «Daca la gata de Juan Ramos; toma la gata de Juan Ramos». Y ahora no hay doncellita, ni contadorcico, que ayer no tenia que contar sino duelos y quebrantos, ni secretario, ministro, ni hipócrita, ni pretendiente, juez, pleiteante, ni viuda, que no se haga la gata de Juan Ramos, y todo soy gatas,

que parezco á Febrero; y quisiera ser antes el sastre del Campillo, que Juan Ramos.

Tan presto saltó el sastre del Campillo, y dijo que quién metía á Juan Ramos con el sastre; y él dijo:

—¿Pues no mejoraba de apellido, aunque mudaba de sexo? Pues dijeran: el gato de Juan Ramos, y no la gata.

—Si dijeran, no dijeran, el sastre desconfió de las tijeras y fió de las uñas (con razón) y empezóse una brega del diablo.

Viendo tal escarapela, ibame poco á poco buscando quién me guiase, cuando, sin hablar palabra, ni chistar (como dicen los niños), un muerto de buena disposición, bien vestido y de buena cara, cerró conmigo. Yo temí que era loco; cerré con él y metiéronnos en paz.

Decía el muerto:

—Déjame á ese bellaco, deshonra buenos; ¡voto al cielo de la cama, que le he de hacer que se quede acá!

Yo estaba colérico, y dijele:

—¡Llega y te tornaré á matar, infame, que no puedes ser hombre de bien; llega, cabrón!

¡Quién tal dijo! No le hube llamado la mala palabra, cuando otra vez se quiso abalanzar á mí y yo á él. Llegáronse otros muertos, y dijeron:

—¿Qué habeis hecho? ¿Sabéis con quién habláis? ¿Á Diego Moreno llamáis cabrón? ¿No hallasteis sabandijas de mejor frente?

—¿Qué, éste es Diego Moreno?—dije yo.

Enojéme más y alcé la voz, diciendo:

—Infame, ¿pues tú hablas? ¿Tú dices á los otros deshonra-buenos? La Muerte no tiene honra, pues consiente que éste ande aquí.

—¿Qué le he hecho yo? Entremos—dijo tan presto Diego Moreno;—¿Yo soy cabrón y otras bellaquerías que computasteis á él semejantes? ¿No hay otros Morenos de quién echar mano? ¿No sabías que todos los Morenos, aunque se llamen Juanes, en casándose se vuelven Diegos, y que el color de los más maridos es moreno? ¿Qué he hecho yo

que no hayan hecho otros muchos más? ¿Acabóse en mi el cuerno? ¿Levantéme yo á mayores con la cornamenta? ¿Encarecióronse por mi muerte los cabos de cuchillos y los tinteros? ¿Pues qué los ha movido á traerme por tablados? Yo fui marido de tomo y lomo, porque tomaba y engordaba; siete-durmientes era con los ricos, y grulla con los pobres, poco malicioso. Lo que podía echar á la bolsa, no lo echaba á mala parte. Mi mujer era una picaronaza, y ella me disfamaba, porque dió en decir: «Dios me le guarde á mi Diego Moreno, que nunca me dijo malo, ni bueno». Y miente la bellaca, que yo dije malo y bueno, ducientas veces. Y si está el remedio en eso, á los cabronazos ahora, en el mundo, decidles que se anden diciendo malo y bueno á sus mujeres, á ver si les democharán las sienas, y si podrán restañar el flujo del hueso. Lo otro, yo dicen que no dije malo, ni bueno, y es tan al revés, que en viendo entrar en mi casa poetas, decía: «¡Malo!» y en viendo salir ginoveses decía: «¡Bueno!»; si veía con mi mujer galancetes, decía: «¡Malo!» y si veía mercaderes, decía: «¡Bueno!»; si topaba en mi escalera valientes, decía: «¡Remalo!»; si encontraba obligados y tratantes, decía: «¡Rebueno!» ¿Pues qué más bueno y malo había de decir? En mi tiempo hacía tanto ruido un marido postizo, que se vendía el mundo por uno y no se hallaba. Ahora se casan por suficiencia, y se ponen á maridos, como á sastres y escribientes. Y hay platicantes de cornudo y aprendices de maridería. Y anda el negocio de suerte, que si volviera al mundo (con ser el propio Diego Moreno) á ser cornudo, me pusiera á platicante y aprendiz, delante del acatamiento de los que peinan Medellín y barban de cabrío.

—¿Para qué son esas humildades—dije yo—si fuiste el primer hombre que endureció de cabeza los matrimonios? ¿El primero que crió desde el sombrero vidrieras de linternas? ¿El primero que ingirió los casamientos sin montera? Al mundo voy, sólo á escribir de día y de noche entremeses de tu vida.

—No irás esta vez—dijo;—y asímonos á bocaños; y á la grita y ruido que traíamos, después de un vuelco que dí en la cama, diciendo: «¡Válgate el diablo!» ¿ahora te enojas? (propia condición de cornudos, enojarse después de muertos); con esto me hallé en mi aposento, tan cansado y tan colérico, como si la pendencia hubiera sido verdad y la peregrinación no hubiera sido sueño.

Con todo eso me pareció no despreciar del todo esta visión y darle algún crédito, pareciéndome que los muertos pocas veces se burlan, y que gente sin pretensión y desengañada, más atiende á enseñar, que á entretener.

FIN DE LA VISITA DE LOS CHISTES